

FM
3079

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
591310

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ESPASA-CALPE

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DICCIONARIO MANUAL E ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Colaboradores de este Diccionario Manual:
MARÍA JOSEFA CANELLADA LLAVONA
GUADALUPE GALÁN IZQUIERDO
JOSÉ MARÍA MARTÍN VALENZUELA

Coordinador:
ALONSO ZAMORA VICENTE
Maqueta, ilustración y dibujos:
ESPASA-CALPE, S. A.

NORMAS DE USO

Este *Diccionario Manual* tiene como base fundamental el *Diccionario general* de la Academia en su última edición (1970). La diferencia principal consiste en que suprime las palabras y acepciones anticuadas y añade un considerable caudal de vocablos de uso común y neologismos de carácter técnico que la Academia no censura, pero que aún no se decide a incorporar a su léxico, fundada las más veces en que se trata de voces o acepciones demasiado recientes y no es posible presumir si llegarán a arraigar en el idioma. Las adiciones de esta índole que han entrado en la presente edición van precedidas de un corchete. Además va incluido el caudal de todas las voces nuevas admitidas por la Academia hasta la fecha.

La primera edición del *Diccionario Manual* fue publicada en 1925. La segunda apareció en 1958. La actual tercera edición presenta como novedad su aparición en fascículos además de la edición normal en tomos.

Las ilustraciones gráficas se han sometido a minuciosa revisión, y se han actualizado por completo con los materiales más modernos, y en color.

Se han señalado con asterisco aquellos vocablos que por ser barbarismos o de uso poco correcto no se incluyen en el *Diccionario general*.

Como en la edición anterior, también se dan normas para la formación de los plurales anómalos y de los verbos irregulares.

Aunque este *Diccionario* conserva las denominaciones de la Gramática tradicional, se han hecho algunas innovaciones, que se advierten en sus lugares correspondientes, por ejemplo, el dar como pronominales todos los verbos reflexivos y recíprocos, así como los que solamente se pueden utilizar como pronominales en la tercera persona, por ejemplo, los que forman la pasiva-refleja.

Para el uso de este *Diccionario* convendría tener en cuenta las siguientes instrucciones:

Para el orden de las acepciones:

Cuando el artículo tiene acepciones de diversa categoría gramatical, suelen aparecer, generalmente, en este orden: primero los adjetivos, luego los sustantivos, y finalmente otros casos, como el adverbio, si lo hay.

Cuando el artículo es de verbo, se agrupan las acepciones transitivas en primer lugar, luego las intransitivas, y después las pronominales, indicándose su carácter solamente en la primera acepción de cada grupo.

La categoría gramatical se indica en la primera acepción, y permanece en las acepciones siguientes hasta que se indique un nuevo cambio.

Las acepciones de los sustantivos que se emplean exclusivamente en el plural se posponen a los singulares.

Cuando el artículo es de sustantivo, después de las acepciones generales, se registran, con letra seminegrita, aquellas que resultan de la combinación del sustantivo con un adjetivo, con otro sustantivo regido de preposición, o de otra manera. Al final del artículo se incluyen las frases o expresiones a él correspondientes, también con letra seminegrita, en orden alfabético.

En las referencias que aparecen con letra seminegrita, hay que distinguir entre remisión y equivalencia. La *remisión* va precedida de la abreviatura V. (*Véase*). Y en el caso de *equivalencia*, va, también en seminegrita, la palabra o palabras escuetas.

A veces, una acepción compuesta, una frase o una locución (en seminegrita) puede tener varias acepciones, y puede ocurrir que una de ellas sea una equivalencia, la cual puede confundirse con la acepción compuesta correspondiente.

En una acepción compuesta, puede ocurrir que la segunda palabra de la acepción, cuando no se repite el vocablo cabeza del artículo, se interprete o como una equivalencia, o como parte de la acepción compuesta. Ejemplo:

estadal // **estado**, medida longitudinal... etc.

Corresponde a una equivalencia (con la acepción 8 de **estado**). Las palabras medida longitudinal..., separadas con una coma, son una simple aclaración para saber a cuál de las acepciones de **estado** responde.

estadal // **cuadrado**. Medida superficial... etc.

Aquí se trata de una acepción compuesta que, separada por un punto, necesita una definición completa.

PLAN GENERAL DE LA OBRA

Constará esta publicación de 120 fascículos, de 24 páginas cada uno y aparición semanal que formarán una obra compuesta por:

6 tomos de 20 x 27 cm., con 416 páginas cada uno.

1 volumen de semblanzas y retratos de 120 personalidades académicas, formado por las portadas finales de las cubiertas de los 120 fascículos.

Con el noveno fascículo de cada uno de los 6 tomos, se pondrán a la venta las tapas, especialmente diseñadas para la encuadernación de los volúmenes.

Fotocomposición:

TALLERES GRÁFICOS DE
ESPASA-CALPE, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200

Fotomecánica:

TALLERES GRÁFICOS DE
ESPASA-CALPE, S. A.

OCHOA
Ricardo Ortiz, 74
Madrid-17

Imprime:

MATEU-CROMO

Carretera de Fuenlabrada, s/n.
Pinto (Madrid)

Distribuye:

MARCO IBÉRICA
Carretera de Irún, km. 13,350
Madrid-34

Es propiedad:

© Real Academia Española, 1983

Depósito legal: M. 2.445-1983

ISBN 84-239-6960-6 (Obra completa)

ISBN 84-239-6961-4 (Tomo I)

ISBN 84-239-6967-3 (Fascículos)

Impreso en España
Printed in Spain

Ayuntamiento de Madrid

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Real Academia Española se fundó en Madrid (1713), por la voluntad de don Juan Manuel Pacheco y Zúñiga, navarro de nacimiento (1650), pues este ocurrió cuando sus padres se encaminaban a Pamplona para tomar posesión del virreinato. Deshecha rápidamente su familia, fue educado por un tío, Juan Francisco Pacheco, obispo de Cuenca, quien le despertó la afición a los libros y a las tareas literarias en general. En plena juventud, la fama de saber le escoltaba. Conocía las lenguas antiguas (griego y latín) y modernas (italiano, francés), e incluso estaba al día en los conocimientos científicos de la época.

La biografía del que había de ser primer director de la Real Academia Española fue movida y representativa. Intervino en expediciones militares de diverso signo (Hungria, Italia). Fue designado virrey de Navarra, de Aragón y de Cataluña. Con la venida de Felipe V, se declaró decidido partidario de la nueva dinastía. Esta adhesión le valió el nombramiento de virrey de Nápoles, donde, por un azar mitad guerrero mitad político, fue hecho prisionero por las tropas imperiales y sufrió encarcelamiento en Gaeta. Fue restituido a España tras la victoria de Brihuega, en 1711. El rey le nombró mayordomo mayor, eximiéndole a la vez de la continuada asistencia a su cargo, a fin de que pudiera entregarse a sus estudios con toda intensidad.

Don Juan Manuel Fernández Pacheco representa plenamente la situación social del intelectual en su tiempo. La Academia Española, es importante destacarlo, refleja perfectamente en su historia el paso de las transformaciones sociales. El marqués de Villena, duque de Escalona, marqués de Moya, y numerosos títulos nobiliarios más, corresponde a la sociedad en que las clases directoras son precisamente las de la nobleza de sangre. Son las pocas personas que dominan la cultura y la Iglesia. Este estado de cosas aún se reflejará durante unos cuantos años e, incluso en lo que a la Real Academia Española se refiere, está vinculado estrechamente a la familia Villena. El segundo director fue precisamente hijo del primero: Don Mercurio Antonio López Pacheco. Hasta mediados el siglo XVIII la presencia de la familia Villena se acusa en la dirección de la Academia. Los títulos de nobleza seguirán perteneciendo a ella, con alguna aparición esporádica de otro tipo de hombre de letras, relacionado o no con la nobleza. Don Francisco Martínez de la Rosa, ya en el XIX, supone la entrada de una nueva sociedad en la corporación. Aunque después nos encontremos con títulos destacados del Reino (duque de Rivas, marqués de Molins, conde de Cheste) es evidente que están en la Academia más por sus dotes literarias y



Edificio de la Real Academia Española. (Fotografía de fines del siglo XIX.)

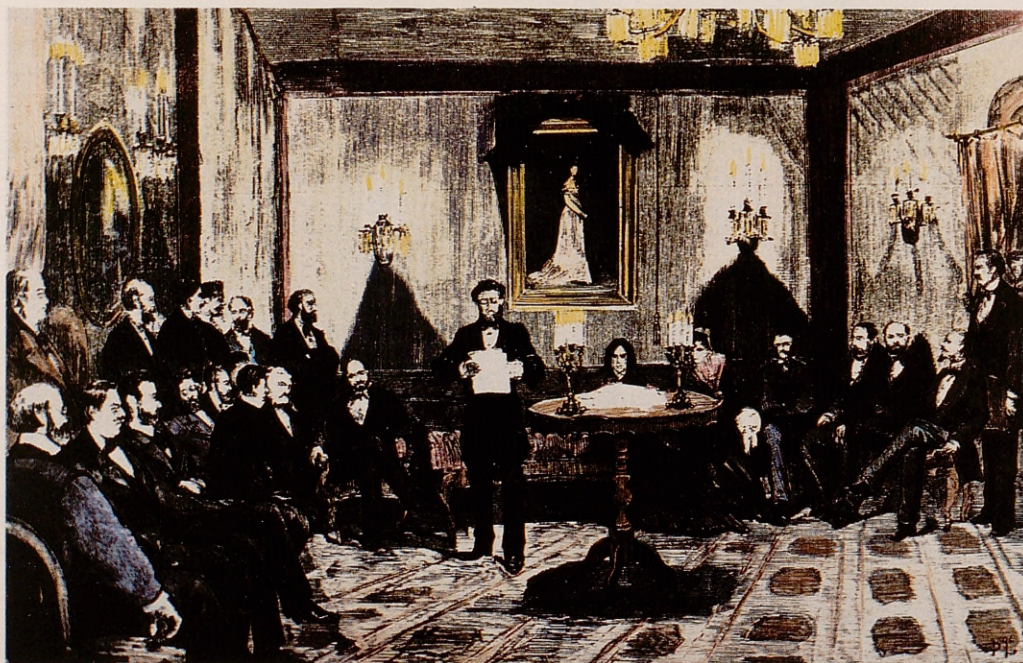
culturales que por su renombre social. Al llegar el siglo XX, la dirección de la Academia (Maura, Menéndez Pidal, Miguel Asín, Rodríguez Marín) revela ante todo una jerarquía intelectual, nacida estrictamente del trabajo y de la investigación personales y de su proyección internacional en el campo de la ciencia literaria.

Academias, como reunión privada de hombres de letras, había habido bastantes en España. Eran a manera de tertulias, que, encabezadas por algún aristócrata o escritor de fama, permitían el intercambio de pareceres, lecturas, opiniones, etc. La más famosa, de las mantenidas fuera de Madrid, fue la valenciana *Academia de los nocturnos*. Conocemos la lista de sus componentes, de los nombres literarios que adoptaron, de su charla periódica. Ha llegado a nosotros el volumen que contiene las actas de las reuniones, los textos poéticos que allí se leyeron y noticia de las tareas en que se embarcaron. Hubo otras varias en ciudades diversas: en Huesca, en Sevilla (excepcionalmente importante fue la capitaneada por el duque de Tarifa, en la sevillana Casa de Pilatos). En Madrid, finalmente, fueron varias las que nos han dejado huellas. Debe destacarse la del conde de Saldaña, hijo segundo del duque de Lerma, de la que fue contertulio Lope de Vega. Cartas de éste nos dicen de las reuniones, de los asistentes, etc. También la Academia *Selvaje*, nacida en 1612, y a la que asistieron las mayores personalidades de la Corte. Igualmente fue famosa la *Academia de Madrid* (también llamada *Mantuana*), ante la que Lope de Vega leyó su *Arte nuevo de hacer comedias*.

Pero es evidente que de este tipo de Academias, imitadas de las italianas, viva manifestación de los postulados literarios renacentistas, no habría podido

derivar espontáneamente una Institución como la Real Academia Española. La Institución siguió los caminos trazados anteriormente por la italiana della Crusca (Florencia, 1582) o por la francesa de París, nacida esta última en 1635. El marqués de Villena hizo, sí, una reunión de personas distinguidas en el campo de la literatura o de las letras en general, congregándola en su domicilio particular. Algo muy parecido a las anteriores del XVII español. Pero el marqués de Villena tenía muy presente el momento europeo y pensaba en la obra de la Academia Francesa, patrocinada y consagrada por la autoridad real, con unos Estatutos válidos y conocidos, que imponían libertades y limitaciones, y una meta final: la elaboración de un *Diccionario de la Lengua*, monumental corpus que recogiera toda la lengua clásica, en ese momento en trance de aguda transformación. El acta primera de la Academia así lo registra: «El marqués de Villena,...mayordomo de S. M. [ha] ideado establecer una Academia en esta villa de Madrid,...como la hay en la villa de París...» Esa misma acta declara como fin primordial de la Corporación madrileña el de componer un gran *Diccionario* de la lengua castellana (3 de agosto de 1713).

El marqués de Villena, hombre dotado de una gran curiosidad por la lengua usual y la literaria, debió notar un gran cambio en los usos españoles a su regreso a España en 1711. Una dinastía nueva, de origen francés, con marcados rasgos franceses, que se dejarían entrever amenazadoramente en la vida general de la Corte, libros franceses que invaden copiosamente las lecturas de los españoles... Hasta las modas en el vestir estarían, sin duda, mediatizadas por la nueva actitud. Para los hombres formados en la tradición española de todo el siglo XVII, es indudable que el cambio resultaría muy llamativo. Bajo esta preocupación nació la primera tarea de la Academia. Los primeros académicos hablaban como los últimos grandes escritores del XVII. El propio Villena, por ejemplo, tenía treinta años a la muerte de Calderón. Los que se reunían en su biblioteca en los años iniciales de la Academia, estaban en circunstancias parecidas: Caso ejemplar es el de Gabriel Álvarez de Toledo, sevillano, nacido en 1662, bibliotecario real y epígono de la poesía culterana. Estaban, pues, en las mejores condiciones para recoger una lengua que comenzaba a olvidarse



Reunión literaria en
la Academia en 1878.
Museo Municipal de Madrid.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA III



Salón de sesiones.

ante las nuevas corrientes culturales. Pero no era solamente lo tradicional lo que se reflejaba en el grupo académico. Otros nombres, como el de Francisco Pizarro Piccolomini, marqués de San Juan, era traductor al castellano de ilustres textos franceses (Bossuet, Corneille, Fleury, etc.). Es decir, el grupo que se reunía en la casa del marqués acogía en su interior diversas corrientes y orientaciones lingüísticas.

Integraban el grupo, entre otros, don Juan de Ferreras, párroco de San Andrés, teólogo de fama, importante historiador eclesiástico y civil, gran humanista; Andrés González Barcia, jurista eminente y consejero de Castilla, autor dramático en su juventud y colector de los historiadores de Indias; fray Juan Interián de Ayala, catedrático de hebreo en Salamanca, gran conocedor de las lenguas antiguas; los jesuitas Bartolomé Alcázar, del Colegio Imperial madrileño, y José Casani, matemático célebre y estudioso de los asuntos militares. Como vemos, las diversas provincias del idioma iban quedando representadas en el grupito que, animoso y con clara visión de futuro, decidió pedir al rey la oportuna aprobación para su empeño. El documento con la solicitud ya designa como *Academia Española* a la naciente asamblea, fija el número de los componentes en 24, y solicita para ellos el honor de ser considerados *criados de la Real Casa*. Tras los trámites y consejos oportunos, Felipe V (3 de noviembre de 1713), envió la aprobación al proyecto académico y accedía a lo solicitado por Villena y sus colegas. Fijaba la condición de perpetuo del director-fundador, que, en lo sucesivo, sería elegido anualmente, y declaraba perpetuo al secretario. Concedía otra serie de privilegios. Los Estatutos apro-

bados en primer lugar ya fijaban la reunión semanal que, ampliada, sigue realizándose, y ordenaban el rezo de la antifona que aún suena en el Salón de sesiones los jueves, al comenzar y al terminar la reunión. De estos primeros estatutos, varias veces rectificados y ampliados, aún está en pie la mayor parte de sus recomendaciones y presupuestos: se destaca extraordinariamente el destino de la Academia como entidad de trabajo («Siendo el principal objeto de la Academia que los miembros que la componen sean útiles y aplicados al trabajo..., que es el fin para que se ha establecido...»), llegan a imponer sanciones a los no cumplidores, fijan la perpetuidad del secretario con razones claras y disponen la rotación en los demás cargos y funciones; se excusan ya de tener que enjuiciar o hablar sobre obras ajenas («para no distraerse de la ocupación propia»), etc. Poco podían prever los académicos venerables del siglo XVIII, llenos de entusiasmo, que la institución por ellos fundada, seguiría viva a través de los tiempos y de las peripecias históricas de muy diverso signo, y lealmente entregada al trabajo, tal y como ellos preconizaron.

Este grupo de hombres inició, con bríos difícilmente comparables, la elaboración del gran *Diccionario de Autoridades*, es decir, el primer diccionario académico, base de los actuales. Los académicos se encontraron solamente delante, para la obra a que se entregaban, con el *Tesoro de Covarrubias* (1611), y su reimpresión en 1672. Los académicos del siglo XVIII tenían muy claras las ideas básicas sobre el Diccionario que deseaban hacer. Eliminaron los tecnicismos «pertenecientes a Artes liberales y mecánicas», de las que la Academia decidió hacer un Diccionario aparte, cuando se terminase el general, limitán-

Primeros Estatutos
de la Real Academia Española
(Madrid, 1715).

*Tesoro de la Lengua
Castellana*, por Sebastián
de Covarrubias (Madrid, 1611).



dose a incluir aquellos que fuesen de un uso muy generalizado, términos que un lector corriente podría echar de menos. También eliminó los nombres geográficos e históricos relativos a lugares y a personas, poniendo así muy certeramente los límites entre lo léxico y lo enciclopédico. Incorporaron muchas voces locales o regionales, con la aclaración necesaria. Asimismo, incluyen las voces de germanía, «de que suelen usar los que vulgarmente se llaman gitanos y lospreciados de guapos para entenderse entre sí». Seguían para este repertorio el *Vocabulario* de Juan de Hidalgo (a. 1602), ya aprovechado por algún *Diccionario* bilingüe (Oudin, español-francés, 1625), pero advirtiéndole que son voces que han dejado huellas en la literatura. Seleccionaron las citas a fin de que la claridad fuera la cualidad sobresaliente en el artículo y procuraron utilizar el menor número de sinónimos en las definiciones, conscientes de las diversificaciones de matiz, etc. La monumental obra se hizo en muy pocos años. El primer tomo salió en Madrid, 1726, y el sexto y último en 1739.

Es evidente que, a lo largo de los siglos XVII y XVIII (el amplio margen cronológico se justifica por las diferencias entre los diversos países), las gentes cultas europeas se sienten herederas de un pasado literario brillante, comparable, si no mejor, a la herencia griega y romana. Y esto en los diversos países. Sobreabundan los textos elogiosos, a veces exagerados hasta lo pintoresco, de las lenguas y las literaturas nacionales. Fue naciendo la urgencia de conservar esa herencia a fin de que siguiera produciendo frutos análogos y para preservar los posibles desvaríos. En nuestro caso concreto, se sintió muy vivamente el cambio entre la manera cotidiana de la expresión y la todavía muy reciente de los clásicos. De ahí la natural alarma, y la consiguiente preocupación por mantener la fijeza de la lengua admirada. De ahí también que las Academias de este tipo, las Academias modernas, nazcan con la ayuda estatal, una leve sombra del poder escoltándolas, y con el criterio de la fuerza moral, la autoridad que el uso de los clásicos confiere a la lengua. Ese criterio asistió a los diccionarios académicos europeos con toda claridad. El italiano *della Crusca* (1612) impuso con rigor el léxico de Petrarca y de Boccaccio. En un país de una riqueza excepcional en variantes dialectales, fueron sacrificadas todas a la idea de la ortodoxia rígida. También se desestimaron las voces de las artesanías y de la ciencia. Es decir, se veía la lengua italiana como terminada en su vida, determinada por los hombres egregios que habían escrito la variedad florentino-toscana y se la interpretaba con iguales presupuestos que si se tratase del latín. Bajo este modelo, la Academia Francesa aspiraba a ser árbitro de las letras, tal como pensaba el fundador, cardenal Richelieu. En el fondo de su pensamiento anidaba la idea de estatificar la literatura, sometiéndola, como tantas otras manifestaciones de la vida, al poder máximo y unificador de la Corona. La primera edición del Diccionario de la Academia francesa salió en 1694. También tenía en su apoyo la «autoridad» de los grandes escritores, pero no imprimió los textos en que se cimentaba (a diferencia del *della Crusca*). Tampoco incluyó el léxico de las artes y las ciencias, ni abrió hueco a las voces dialectales o regionales y se olvidó de la literatura medieval. Con estos supuestos, no puede extrañar el aire engolado y solemne que refleja el buen francés literario, tan alejado de la lengua popular.

¡Qué diferencia con lo español! Entre nosotros, las fronteras entre la lengua literaria y la lengua hablada son siempre borrosas, imprecisas. Sin temor a caer en graves extremismos, podríamos asegurar que hay épocas o escritores en que la tal frontera no existe. La creación literaria española está totalmente atravesada por una profunda identificación con lo popular y esta última corriente se ha manifestado, en diversas ocasiones, con arrogancia y personalidad inusitadas. Más de una vez se ha destacado la presencia del habla plebeya

Portada del *Diccionario de Autoridades*, tomo I (Madrid, 1726).

DICCIONARIO

DE LA LENGUA CASTELLANA,
EN QUE SE EXPLICA

EL VERDADERO SENTIDO DE LAS VOCES,
SU NATURALEZA Y CALIDAD,

CON LAS PHRASES O MODOS DE HABLAR,
LOS PROVERBIOS O REFRANES,

Y OTRAS COSAS CONVENIENTES
AL USO DE LA LENGUA.

DEDICADO

AL REY NUESTRO SEÑOR
DON PHELIPE V.

(QUE DIOS GUARDE)

A CUYAS REALES EXPENSAS SE HACE
esta obra.

COMPUESTO

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

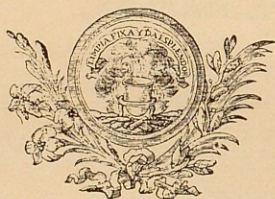
TOMO PRIMERO.

QUE CONTIENE LAS LETRAS A.B.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE FRANCISCO DEL HIERRO, Impresor de la Real
Academia Española. Año de 1726.

DICCIONARIO
DE LA LENGUA CASTELLANA
COMPUESTO
POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA,
REDUCIDO A UN TOMO
PARA SU MAS FÁCIL USO.



M A D R I D.

Por D. JOAQUIN IBARRA, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.
MDCCLXXX.

Portada de la primera edición
en un tomo del *Diccionario*
usual (Madrid, 1780).

Portada de la última edición
del *Diccionario* usual
(Madrid, 1979).



en estratos sociales altos, a la vez que la vigencia de un indudable poder de expresividad selectiva y cuidadosa en el habla de clases sociales rurales e incluso poco cultivadas.

Los grandes diccionarios de las lenguas reflejaron, a partir de las labores académicas, esas cualidades. El *Diccionario de Autoridades*, que ya acogió entre sus testimonios la literatura medieval conocida, acusaba una amplitud de criterios para la selección de sus autoridades verdaderamente ejemplar. La utilización de fuentes de la literatura de tipo oral, la inclusión de la germanía y de lo dialectal, etc., hacen que la superioridad del *Diccionario* español sea verdaderamente asombrosa para su tiempo.

De este *Diccionario de Autoridades* ha ido derivándose, a través de los años, el actual *Diccionario* usual, en un tomo. Ya ha aparecido la XIX edición (1970), y está en pruebas muy avanzadas, la edición XX, edición que, tras el copioso aumento de entradas, propio de la constante atención que sobre el volumen ejerce la Academia, supone la lenta transformación de las bases lexicográficas (que también han ido cambiando, como era de esperar). Ya está en preparación la edición XXI, que, probablemente, dado el enorme ensanchamiento que acarrea la apertura total a las voces típicamente americanas, será nuevamente de varios tomos, y que otra vez recurrirá al testimonio que garantice los usos con autoridades certeras y claras.

Consciente la Academia Española de que no todo el caudal léxico de la lengua puede entrar en un *Diccionario* hecho con criterios normativos, a no ser que el léxico sea sometido a una lenta y minuciosa depuración y detallado

VIII REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

estudio, decidió la publicación de un *Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española*, cuya primera edición se llevó a cabo en 1927. Este *Diccionario* pretendía acercarse a un público más amplio que el del *Diccionario* usual. Para ello, suprimía gran parte de las voces anticuadas o existentes ya solamente en textos ilustres del pasado, abreviaba muchas definiciones o acepciones que el usual desplegaba cuidadosamente, pero, en cambio, podía considerarse como un suplemento del usual, ya que incluía numerosos tecnicismos o voces nuevas, a veces de uso restringido, que no figuraban en el *Diccionario* general. Estas voces venían marcadas con un corchete. También recogía numerosos vocablos que, de uso frecuente, eran considerados galicismos o extranjerismos innecesarios, e incluso proponía, cuando era posible, la voz tradicional que podía sustituirlas dignamente. Estas voces se señalaban con un asterisco. También incluye el *Diccionario Manual* noticias gramaticales de diverso interés, pensando en manos de nivel cultural no tan elevado como las que manejan el usual: aclaración sobre algunos verbos irregulares, plurales anómalos, etc. El *Diccionario Manual* alcanzó un éxito insospechado. Se reeditó en 1950 y sale ahora a la luz la tercera edición, en la que además de los naturales cambios producidos, se mantienen hasta donde es posible las directrices de las anteriores ediciones y, sobre todo, se reforma y moderniza la parte gráfica, revolucionariamente transformada en los años pasados desde la primera aparición del libro. Otro de los grandes cambios de este *Diccionario*, que no debe olvidarse, fue la ingente cantidad de voces americanas que incorporó a su texto.

Portadas de las dos ediciones del *Diccionario Manual e Ilustrado* (Madrid, 1927 y 1950), anteriores a la presente.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DICCIONARIO MANUAL

e ilustrado

de la

Lengua Española



MADRID
ESPASA-CALPE, S. A.
1927

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DICCIONARIO MANUAL

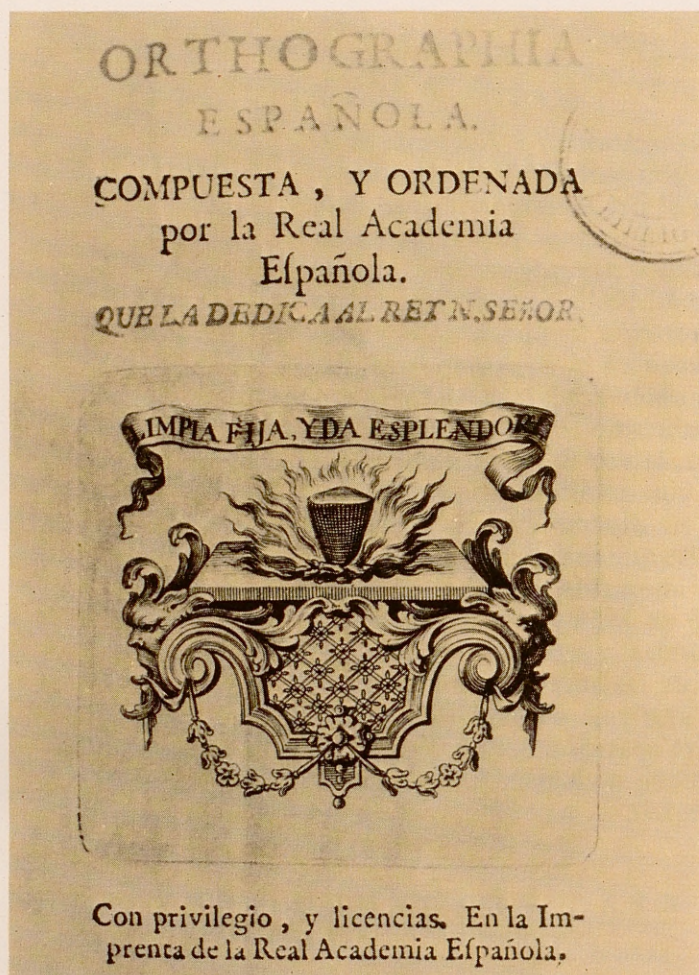
e ilustrado

de la

Lengua Española



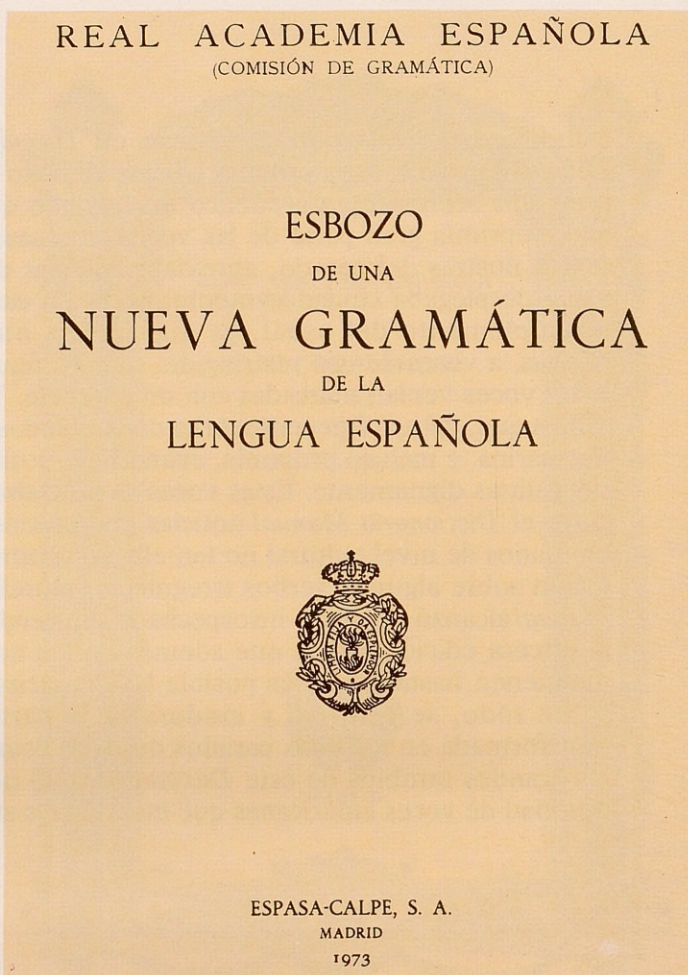
MADRID
ESPASA-CALPE, S. A.
1950



Portada de la primera edición de la *Ortografía* (Madrid, 1741).

Portada del *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española* (Madrid, 1973).

Dibujo de Antonio Carnicero (grabado por Fernando Selma) que abre la edición académica de *El Quijote*, impresa por Ibarra (Madrid, 1780).



Otra de las empresas académicas más importantes y emprendidas con eficaz empeño fue la fijación de la ortografía. Antes de la creación de la Real Academia Española, había entre nosotros numerosos tratados de ortografía, algunos redactados por escritores ilustres, pero ninguno de ellos había logrado imponerse de manera universalmente acatada. La *Ortografía* de la Real Academia Española se publicó por vez primera en 1741. Obraba de modo bastante ecléctico, manteniendo las razones etimológicas en varias ocasiones, pero supo dotarnos de un sistema en el que domina lo fonético muy claramente. La *Ortografía* académica, que ha sido retocada o enmendada en diversas ocasiones, pero siempre con enmiendas muy leves, fue acatada por todo el mundo que escribía español y se ha convertido en la norma general de la lengua escrita. La última reforma ha acaecido el año 1952. Incluso en los países hispanoamericanos, donde ha habido algunos intentos de ortografías disidentes, la ortografía de la Real Academia Española se ha impuesto. Con gran frecuencia, la Corporación reedita un folleto con todas las normas ortográficas, folleto de muy escaso coste económico, que resuelve cuantas dudas puedan presentarse en materia de puntuación, acentuación, grafías, etc.

La otra gran tarea de la Real Academia Española es la elaboración de la Gramática normativa de la lengua española. La primera edición de la *Gramática*, llevada con mucha más cautela y lentitud que el *Diccionario*, apareció en Madrid, 1771. Continuó reeditándose copiosamente, hasta alcanzar en 1936 treinta y cinco ediciones (entre ediciones reformadas y reimpresiones). En 1973, la Real Academia Española publicó un *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*, que ya ha sido reimpreso varias veces. En este volumen se rehace toda la teoría gramatical tradicional, dados los cambios y transforma-



ciones de la teoría lingüística en los últimos años. Sin embargo, este *Esbozo*, como se puede deducir fácilmente de su título, no es *todavía* la *Gramática* oficial, normativa. Lo será pronto, cuando se hayan incorporado a su texto las observaciones de los países hispanoamericanos, cuyos usos peculiares van a ser registrados (y consagrados cuando realmente no vayan contra la estructura de la lengua, o su uso frecuentísimo así lo aconseje) y será redactado su texto de la forma más llana posible, alejándose, para mayor claridad, de confusas terminologías. La mayor dificultad para conseguir el texto definitivo estriba quizá en estas dos vertientes: son necesarias la claridad y sencillez expositivas, ya que va a ser un texto dirigido a toda persona cultivada que tenga un problema de tipo gramatical, persona cultivada que no tiene por qué ser lingüista ni ilustrado en humanidades (ingenieros, hombres de ciencia, juristas, personas de cultura media, etc.) y, como normativa que ha de ser, no podrá estar ciegamente adscrita a una teoría lingüística determinada, sino que ha de limitarse a describir con claridad el hecho lingüístico y su aparición más o menos frecuente en el territorio hispanoparlante. La redacción definitiva de la nueva *Gramática* está en marcha, y en plazo no muy lejano verá la luz.

Otras muchas empresas de tipo editorial ha tenido y tiene la Real Academia Española. En el siglo XVIII, fueron famosos sus *Quijotes*, salidos de la imprenta de Ibarra, en 1780, 1782 y 1787. Importancia extrema en su tiempo tuvo la edición de las *Cantigas* del Rey Sabio, llevada a término por el marqués de Valmar (1889). Ya en el XX, la edición facsímil de las *Obras* de Cervantes, o la edición monumental del teatro lopesco, demuestran el tesón trabajador de la Corporación. En 1914, comenzó la publicación del *Boletín*, revista que sigue en pie, al día, y en cuyas páginas se encuentran aportaciones valiosísimas para el conocimiento de la lengua y la literatura española.

Entre las series y colecciones de impresos de la Corporación, merecen citarse los facsímiles de textos ilustres rarísimos o de muy difícil acceso. Deben destacarse las del *Cancionero* de Juan del Encina, Salamanca, 1496 (1928); las *Farsas y églogas*, de Lucas Fernández, Salamanca, 1514 (1929); el teatro de Timoneda, etc. Un lugar aparte se ha de hacer con la extraordinaria edición facsímil del Códice G. del *Libro de Buen Amor*, publicada por la Academia en 1974, o la del manuscrito autógrafo de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla. Y no olvidemos las ediciones del *Cancionero general*, de Hernando del Castillo, Valencia, 1511 (1958), o los once tomos que constituyen las *Fuentes del romancero general* (Madrid, 1600), o la nueva, en publicación todavía, de las obras de Cervantes, verdadera obra de arte de impresión.

Otras varias series y colecciones cierran el ya enorme catálogo de publicaciones de la Real Academia Española. En todas ellas, la seriedad de los investigadores, la justeza y el rigor crítico son su mejor carta de presentación. Pero no quedaría justamente revisada la tarea editorial e investigadora de la Corporación si no recordásemos aquí la existencia del *Diccionario Histórico de la Lengua Española*, monumental trabajo de equipo que va saliendo lentamente a la luz. (Ya van 15 fascículos, aproximadamente unas tres mil y pico de páginas). En este diccionario se recoge la historia de las palabras castellanas (y otras no castellanas, pero incorporadas desde muy temprano al acervo común de la lengua), desde que aparecen escritas por vez primera hasta hoy. Jamás ha habido en parte alguna un intento lexicográfico de semejante empeño y dimensiones. Cada artículo del *Diccionario Histórico* es una auténtica monografía cuyas fronteras se crecen a medida que se ahonda en el tiempo o en los usos documentados. Lástima que las dificultades de todo tipo, especialmente las económicas, tan necesarias e inaplazables para una empresa de este tamaño, sean a veces insuperables.



Salón de actos públicos.

La Real Academia Española se rige, como cualquier otra institución, por unos *Estatutos* y un *Reglamento*. Los primeros Estatutos fueron aprobados en 1775: fijaban en veinticuatro el número de los académicos numerarios. Varias veces fueron reformados los Estatutos: en 1848 y en 1859. A partir de esta última fecha, se reglamentaron el ceremonial y las condiciones para la elección de miembros de número, se dictaron las normas para los discursos de recepción y se fijó el número de académicos en treinta y seis. Estos Estatutos han estado vigentes hasta 1978, en que se aumentó en diez plazas más el número de académicos y se ordenaron normas nuevas para el gobierno interior de la Corporación. Esta reforma responde plenamente a la nueva estructura de la sociedad española, a la diversa vida cultural de la península, y, en fin, a la demografía y a la expansión cultural indudable acaecida a lo largo del siglo XX. Las nuevas plazas se van cubriendo con cierta lentitud, a dos por año, y se dedica especial atención a las provincias del idioma más faltas de tradición en la lengua; en general, a las nuevas ciencias y técnicas.

Desde un principio, la Academia tuvo un director y un secretario. Con posterioridad fueron creándose otros cargos directivos: un bibliotecario, un censor, un vocal adjunto a la Comisión Administrativa. Todos los cargos son por rigurosa elección secreta. El director se elige cada tres años, lo mismo que el censor. El tesorero y el vocal adjunto son anuales. Y el secretario y el bibliotecario son perpetuos. (Para el secretario, ya se definía así en los primeros Es-



Despacho del director.

tatutos.) No obstante, la Academia, en su última reforma, ha fijado límites de edad para la elección y para el desempeño de los cargos directivos.

Entre los directores de la Academia, han figurado nombres máximos de la vida literaria e intelectual española. Recordemos, entre otros, a Francisco Martínez de la Rosa, al duque de Rivas, Antonio Maura, Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Miguel Asín, Dámaso Alonso... Una larga lista de nombres que han dado brillo extraordinario a la cultura española con su trabajo personal y su proyección universitaria o literaria. En la actualidad, lo es don Pedro Laín Entralgo, eminente hombre de ciencia y humanista de cualidades extraordinarias. Los secretarios han sido asimismo personalidades destacadas, que, abnegadamente, han sacrificado su tarea personal al constante quehacer de la vida de la Corporación, considerada en sí misma y en sus relaciones con las demás academias e instituciones culturales. El primer secretario fue don Vincencio Squarzafigo y Arriola, que firmó la primera acta de las reuniones académicas y fue redactor del *Diccionario de Autoridades*. Entre los sucesivos, siguen vivos en el recuerdo y en la presencia de su obra, don Juan Trigueros, Martínez de la Rosa, Juan Nicasio Gallego, Manuel Bretón de los Herreros, Antonio María Segovia, Manuel Tamayo y Baus, Emilio Cotarelo, Julio Casares, Rafael Lapesa. Es decir, por todas partes, nombres cuya resonancia aún está vigente demuestran que la Academia Española puede haber tenido fallos, olvidos, etcétera, cualidades visibles en cualquier institución humana. Pero es notorio el acierto que esos nombres pregonan: lo más florido de la vida literaria espa-



Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena



Francisco Martínez de la Rosa



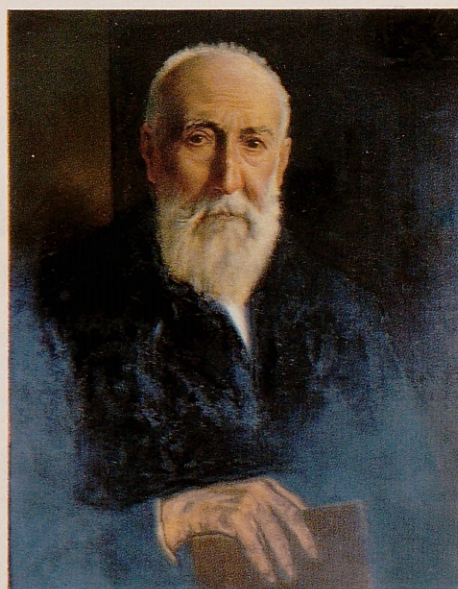
Ángel Saavedra, duque de Rivas



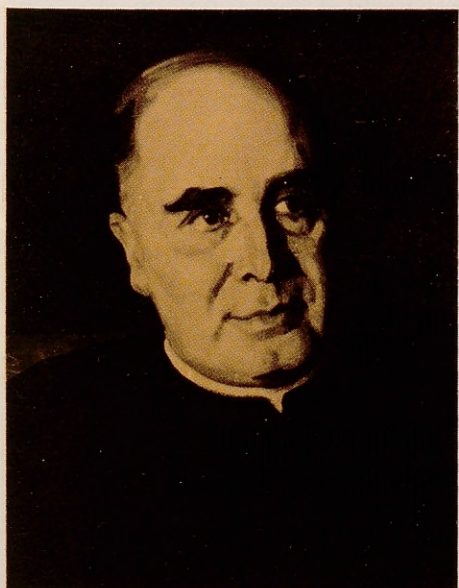
Antonio Maura



Ramón Menéndez Pidal



Francisco Rodríguez Marín



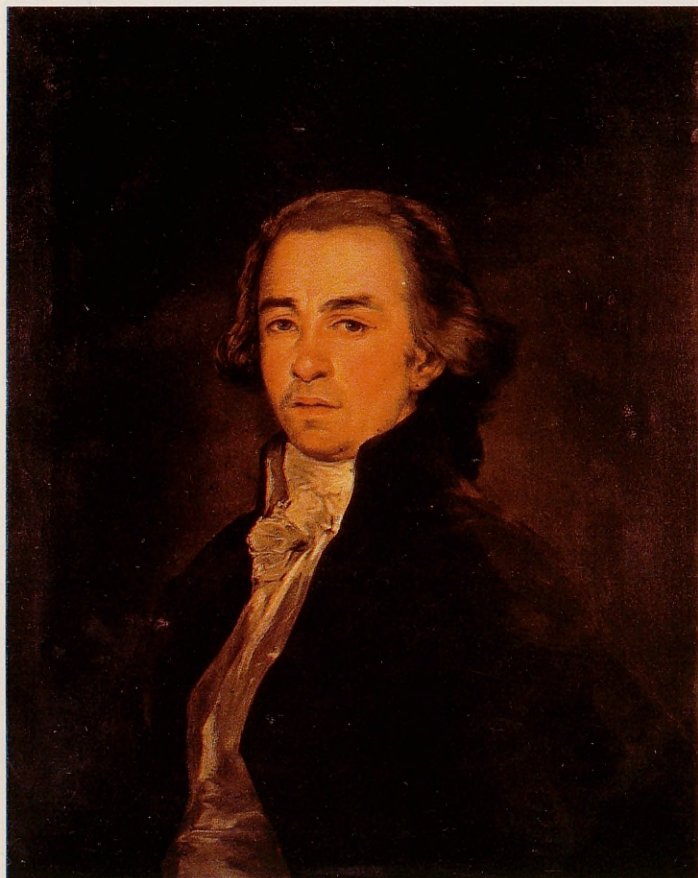
Miguel Asín Palacios



Dámaso Alonso
Ayuntamiento de Madrid



Pedro Laín Entralgo



Juan Meléndez Valdés.



Niceto Alcalá Zamora.

ñola ha pertenecido a sus filas y algunos ya dentro de ella han dado cima a una producción literaria excelsa. Basta repasar los nombres de sus componentes desde su fundación hasta hoy.

Muy estimados son los premios académicos. Tanto más estimados cuanto que económicamente son muchas veces grotescos. Tal ocurre con el Premio Fastenrath. La dotación económica de este premio es muy reducida. Sin embargo, goza del máximo prestigio literario y las máximas figuras de nuestras letras están orgullosas de poseerlo. Otros premios llevan el nombre de ilustres personalidades que los fundaron (conde de Cartagena, Menéndez Pidal, Álvarez Quintero, duque de Alba, etc.). Desde que fue convocado el primer certamen, en 1778, premio que fue otorgado a Vaca de Guzmán por su poema *Las naves de Cortés destruidas*, todos los años la Real Academia Española convoca diversos galardones que gozan de gran aceptación entre creadores e investigadores.

A lo largo de la historia, la Corporación ha atravesado dos grandes crisis. Una fue la provocada por la invasión napoleónica y sus trágicas consecuencias. La Academia prácticamente se disolvió. Durante más de dos años, sus miembros estuvieron dispersos y sin reunirse, y la casa de la Corporación dedicada a otros fines. Unos académicos reconocen al rey francés, otros no. Las persecuciones abundan, y algunos, huidos, no volvieron. Vuelto Fernando VII, la represión hace que la vida de la Academia sea lánguida y varios académicos murieron en el destierro. Tal fue el caso de Meléndez Valdés, González Arnao, José Antonio Conde. Algo parecido pudo pasar cuando la Guerra civil de 1936-39. Las disposiciones del general Franco, privaron de su plaza de número a varios académicos. Es muy importante señalar la actitud que la Real Academia Española adoptó frente a las disposiciones de la represión. Ni una sola de las plazas fue cubierta, ni ninguno de sus miembros eliminado. El talante de la Corporación fue decisivamente ejemplar. Todos los académicos sancionados (Blas Cabrera, Tomás Navarro, Díez Canedo, Alcalá Zamora, entre otros) siguieron siendo

considerados académicos por sus colegas y solamente a la muerte de ellos en el destierro se cubrieron sus plazas. El último en morir fue don Tomás Navarro Tomás, ilustre fonetista y dialectólogo (1979). Esta actitud de la Academia fue la que permitió que tomase posesión de su plaza don Salvador de Madariaga, electo antes de la contienda.

Las tareas académicas, tan diversas y de tan tenaz asiduidad, se desenvuelven por medio de Comisiones: Comisión de Diccionarios, Comisión de Gramática, Comisión de Gobierno, Comisión de Vocabulario Técnico, Comisión de Vocabulario de Ciencias Humanas. Hasta hace muy poco ha funcionado otra Comisión, llamada de Textos litúrgicos, encargada de uniformar las traducciones de los textos latinos empleados en la liturgia católica. Por si fuera poco el trabajo interno de la Casa, es menester cuidar de la Casa Museo de Lope de Vega, con las naturales perturbaciones que la conservación de tan delicado edificio plantea, agobiado hoy por la abundancia del turismo y de la escasa dotación. Sin embargo, la Academia cuida de este Museo con el máximo calor, y tiene así en pie uno de los rincones más hermosos del pasado que es posible ver. No es un Museo cualquiera o un Museo más. Es una casa del siglo XVII, la del madrileño Lope de Vega, gran poeta y dramaturgo excepcional, que la habitó. Muchos de sus recuerdos personales adornan hoy las habitaciones.

Finalmente, hemos de recordar que la Corporación es hoy un número más en una Asociación Internacional de Academias de la Lengua Española, cuya

Detalle del escritorio
de Lope de Vega,
en la Casa Museo del poeta.





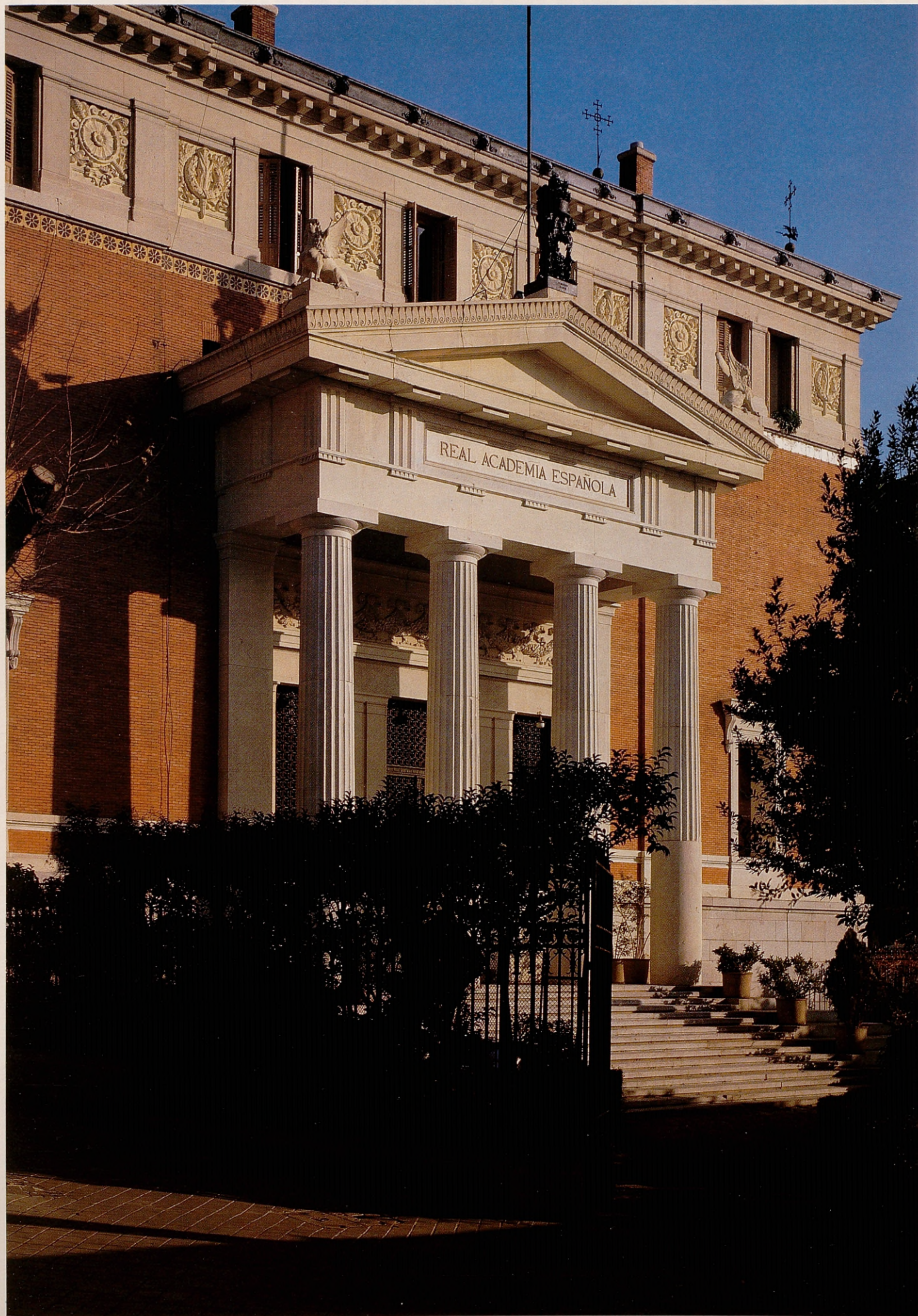
La reina regente, María Cristina de Habsburgo, en compañía del rey Alfonso XIII niño, inaugura el edificio académico, en 1894. Grabado de *La Ilustración Española y Americana*.

Comisión Permanente reside en la Academia madrileña y que celebra reuniones plenarias en los Congresos que, cada cuatro años, se celebran, por turno, en las ciudades capitales del mundo hispánico. El primero se celebró en México; el segundo en Madrid; en Bogotá el tercero. Han sucedido otros en Buenos Aires, Quito, Caracas, Santiago de Chile y Lima. En realidad, la autoridad para hacer cambios dirigidos en la vida del idioma español reside en estos congresos, donde, durante unos cuantos días, por medio de selección rigurosa de problemas y de personalidades para discutirlos, se aviva la conciencia clara de la situación de la lengua en el mundo de hoy. Si la dirección intelectual de estas discusiones aún la ostenta la Real Academia Española, se debe exclusivamente al trabajo de ella como Corporación y a la tarea de cada uno de sus miembros. Nada, pues, más lejano que la visión envejecida, rutinaria e injusta de la Real Academia Española que muchos escritores ocasionales o personas sin autoridad gustan de mantener, en premeditado demérito de la institución. Todos esos ataques, bromas, etc., caen por su propio peso ante la realidad escueta y callada de las cosas.

Por último, diremos unas leves apostillas sobre el edificio que alberga a la Real Academia Española. Su figura llena una de las más nobles perspectivas madrileñas. Situado encima del Museo del Prado, vecino al viejo monasterio de los Jerónimos, y vecino de los restos del Palacio del Buen Retiro, el edificio neoclásico de la Academia es representativo del rostro de Madrid. Fue construido de nueva planta, sobre terrenos del antiguo Sitio Real, donados por la Corona, y costado a medias entre el Estado y la Corporación. Fue inaugurado por la reina regente María Cristina de Habsburgo en 1894, acompañada por el rey niño. Dispone de salones apropiados para las juntas públicas y los plenos académicos, y de numerosas salas para las Comisiones, aparte de una

Real Academia Española.
Fachada principal.

XVIII REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



Ayuntamiento de Madrid

gran biblioteca. Como tradición anecdótica de la Casa, cabe recordar que la original y utilísima mesa en torno a la cual se celebran las sesiones plenarias (dos veces por semana) pasa por haber sido construida por Juan Eugenio de Hartzenbusch, el ilustre dramaturgo romántico, que, como se sabe, era hijo de ebanista y había aprendido el oficio con su padre. Exacta o no la tradición, lo cierto es que retrata el amor con que la nueva casa y su decoración y amueblamiento se llevaron a cabo.

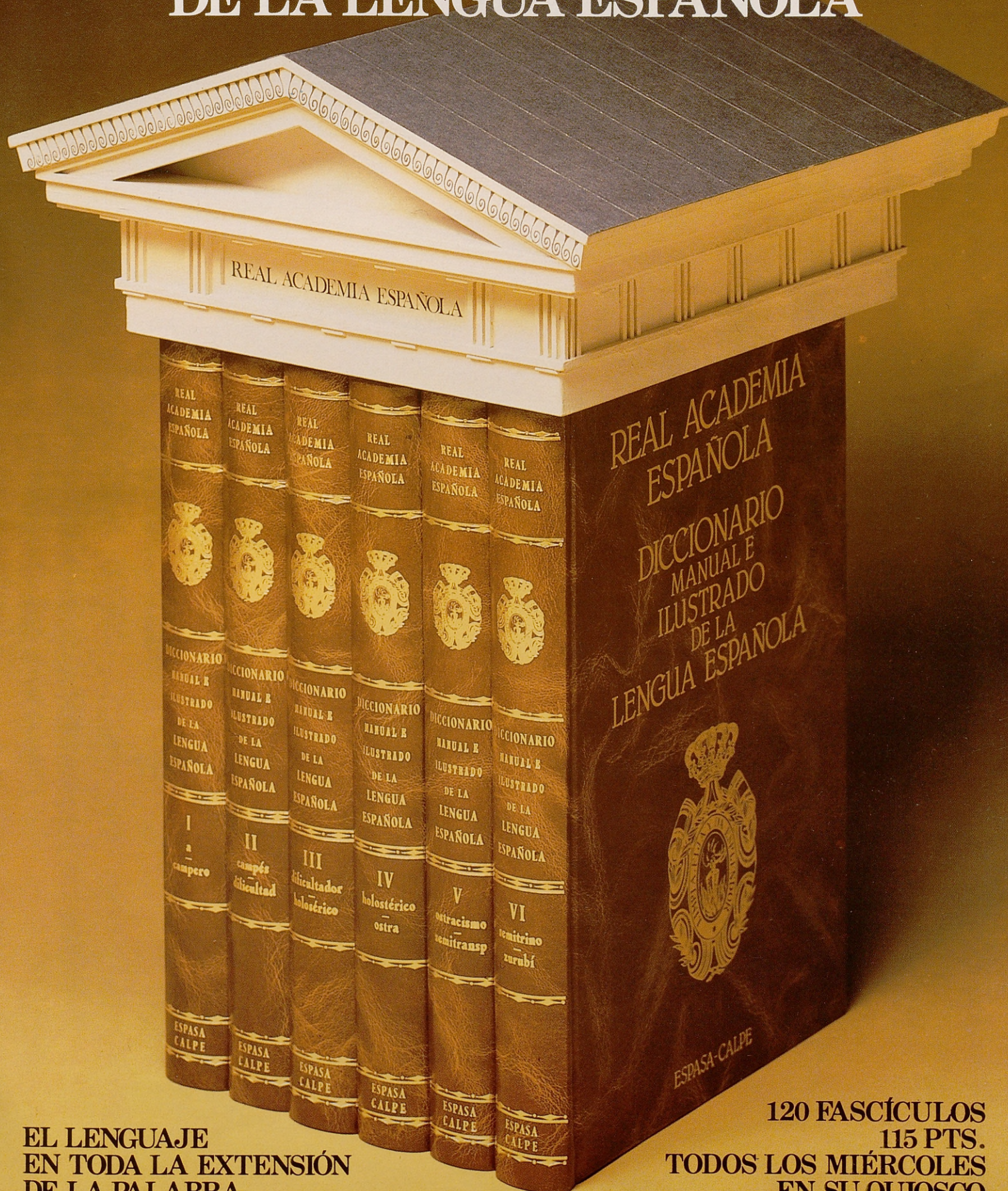
Diremos, finalmente, que la biblioteca académica comenzó siendo la privada del duque de Escalona. A partir de 1738, la Corporación dotó a la biblioteca de personalidad y se comenzó la compra y adquisición de libros y el perfeccionamiento de sus funciones. Numerosos donativos la han enriquecido considerablemente. En los últimos años, la biblioteca funciona como las grandes bibliotecas del país, con sistema de intercambios y de adquisiciones constantes, se enriquece con los donativos de los académicos, y cuenta en la actualidad con más de 100.000 volúmenes. Está al cargo de ella, además del bibliotecario académico, un funcionario del Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios. No es pública, pero la Corporación no niega nunca el acceso a sus fondos a cualquier persona que, con razonada y clara necesidad, tenga urgencia de consultarla.

Y ya, a manera de despedida, recordaremos que el emblema académico, *Limpia, fija y da esplendor*, que tantas y tantas bromas de dudoso gusto acarrea en las conversaciones fáciles, fue propuesto a la Academia por el académico don José de Solís y Gante, marqués de Castelnovo y duque de Montellano, quien presentó a la Corporación el emblema en 1714. El emblema o sello había sido reclamado a la Corporación por el decreto real que reconocía la existencia de la Academia. Inmediatamente comenzó a ser usado en las comunicaciones, documentos, etc. Todavía hoy, por el mismo procedimiento en seco, a mano, se siguen sellando algunas publicaciones académicas.



Medalla de académico de número

DICCIONARIO MANUAL E ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA



EL LENGUAJE
EN TODA LA EXTENSIÓN
DE LA PALABRA

120 FASCÍCULOS
115 PTS.
TODOS LOS MIÉRCOLES
EN SU QUIOSCO

ESPASA-CALPE

